para traer a sus dos hijos al mismo tiempo. Si no, el que quede en Honduras pensará que ella lo ama menos.

Enrique se desespera. Va a tener que arreglárselas solo. Irá en su busca. Viajará de polizonte en los techos de los trenes; ha oído que eso hacen muchos que migran hacia los Estados Unidos. "Quiero ir", le dice a su madre.

"Ni de broma", contesta ella. "Es demasiado peligroso. Tené paciencia".

2

LA REBELIÓN

Lourdes vende sus pertenencias. En California hay tantos inmigrantes que los patrones pagan poco y los tratan mal. Ni con dos trabajos puede ahorrar.

Ella quiere volver a empezar en los Estados Unidos. Se muda con Diana a Carolina del Norte. Allí consigue pronto un trabajo como mesera en un restaurante mexicano. Alquila una habitación en una casa-remolque por sólo 150 dólares al mes, la mitad de lo que pagaba en California.

Aquí la gente no es tan hostil. Puede dejar su coche, y hasta su casa sin llave. Y conoce a un hombre. Es un pintor de casas hondureño y planean vivir juntos. Él también tiene dos hijos en Honduras. Es un hombre amable, afectuoso, callado y de buenos modales. Es distinto a los padres de sus hijos. La ayuda a sobrellevar su soledad. La lleva con Diana al parque

los domingos. Cuando Lourdes trabaja en dos restaurantes, él pasa por ella al final del segundo turno para estar un rato juntos. Se tratan uno al otro de *"honey"*. Se enamoran.

El dinero que gira Lourdes es una ayuda para Enrique, y él lo sabe. Los regalos llegan con regularidad. Le manda a Enrique una polo color naranja, un par de pantalones azules y un reproductor de casetes con radio. Enrique sabe bien dónde estaría si ella no se hubiese marchado: hurgando en el basural que está en la colina al otro lado de la ciudad. Lourdes también lo sabe; de niña le ha tocado escarbar entre los desperdicios del basural donde niños de seis o siete años chapoteaban en un cieno resbaladizo y maloliente bajo una nube negra de buitres que sobrevolaban el basural. Ella y otros revolvían desesperadamente entre las pilas de desechos buscando un trozo de pan viejo y mohoso o algún pedacito de plástico u hojalata para vender.

Enrique ve a otros niños que se ven obligados a hacer trabajos pesados. A una cuadra de donde Lourdes se crió, unos niños descalzos se trepan a una pila de aserrín que ha dejado un aserradero. Con las caritas sucias, usan latas oxidadas para volcar el aserrín en grandes bolsas de plástico blancas. Arrastran las bolsas media milla cuesta arriba por una colina. Allí venden el aserrín, que las familias usan para encender el fuego o para secar el lodo alrededor de las casas. Un niño de once años lleva tres años cargando aserrín, haciendo tres viajes por día hasta lo alto de la colina. Con lo que gana, se compra ropa, zapatos y papel para la escuela.

Lourdes está orgullosa de que su dinero paga la matrícula

del colegio secundario privado al que va Belky, y más adelante la de la universidad, donde su hija estudiará contabilidad. En un país donde la mitad de la población vive con un dólar por día o menos, los niños de los barrios pobres casi nunca llegan a la universidad.

En un jardín de infancia cerca del barrio donde se crió la madre de Enrique, cada mañana llegan cincuenta y dos niños. Cuarenta y cuatro llegan descalzos. Una asistente le da a cada niño un par de zapatos que saca de un canasto. A las cuatro de la tarde, antes de irse, los niños deben regresar los zapatos a la canasta. Si se los llevan a casa, las madres los venderán para comprar comida.

A la hora de la cena, las madres cuentan las tortillas y le dan tres a cada niño. Si no hay tortillas, tratan de llenarles el estómago dándoles un vaso de agua mezclada con una cucharada de azúcar.

Enrique sabe que, si no fuera por el dinero que manda Lourdes, él sería uno de esos niños. Aun así, piensa que sería mejor estar con su madre que tener el dinero y los regalos que ella le manda.

Lourdes quiere darles una esperanza a sus hijos. "Regreso para Navidad", le dice a Enrique.

Cuando Enrique sueña con la llegada de su madre en diciembre, la ve en la puerta con una caja de zapatos deportivos Nike para él. "Quédese", le ruega. "Viva conmigo". Le promete que cuando sea más grande la ayudará a trabajar y ganar dinero.

Llega Navidad y Enrique espera junto a la puerta. Ella no

viene. Cada año le promete lo mismo. Cada año lo decepciona y su enojo va en aumento. "La necesito. Me hace falta", le dice a su hermana. "Quiero estar con mi mamá. Veo a tantos niños con sus mamás. Eso quiero yo".

Cuando Lourdes le dice una vez más que regresará a casa, él responde con sarcasmo. "Sí, va pues". Enrique percibe algo cierto: muy pocas madres vuelven. Le dice a Lourdes que no cree que vaya a regresar. Por dentro piensa que todo es una gran mentira.

La ira de Enrique se desborda. En la escuela se niega a hacer la tarjeta del Día de la Madre. Golpea a otros niños y levanta las faldas de las niñas. Cuando una maestra trata de disciplinarlo golpeándolo con una regla, Enrique agarra el extremo de la regla y no lo suelta hasta que la maestra se pone a llorar.

Se trepa al escritorio de la maestra y grita: "¿Quién es Enrique?".

Y la clase contesta: "¡Vos!".

Lo suspenden tres veces. Repite de grado dos veces. Pero cumple la promesa que ha hecho de estudiar. A diferencia de la mitad de los niños de su barrio, Enrique termina la escuela primaria. Hay una pequeña ceremonia de graduación. Una maestra abraza a Enrique y susurra: "Gracias a Dios, Enrique se nos va". Enrique se para erguido y orgulloso con su toga azul y su birrete. Pero nadie de la familia de su madre acude a la graduación.

Enrique es menudito, no llega a los cinco pies de estatura aun cuando endereza la espalda levemente encorvada. Tiene una sonrisa amplia y dientes perfectos.

Para compensar su sentimiento de vulnerabilidad debido en parte a que no tiene padres que lo protejan, Enrique cultiva una imagen de bravucón. Pasa más tiempo en las calles de Carrizal, que se está volviendo rápidamente uno de los barrios más peligrosos de Tegucigalpa. Su abuela le dice que vuelva a casa temprano, pero él juega al fútbol hasta la medianoche.

Enrique ha cumplido catorce años, es un adolescente. Se niega a vender especias. Le da vergüenza que las muchachas lo vean ofreciendo copitas de fruta o que lo llamen "el tamalero".

Cuando va camino a la iglesia con su abuela María, esconde la Biblia bajo su camisa para que nadie sepa adónde van. Pronto deja de ir a la iglesia.

A veces, cuando Enrique está en la cama y no puede eludir el castigo, la abuela le pega con un cinturón. Le asesta un golpe por cada vez que se ha portado mal.

"No te juntés con muchachos malos", advierte la abuela.

"Usted no es quién para escoger a mis amigos", replica Enrique. "Usted ni siquiera es mi madre". Enrique sigue llegando tarde a casa.

La abuela lo espera despierta, llorando. "¿Por qué me hacés esto?", le pregunta a su nieto. "¿Acaso no me querés? Te voy a mandar a vivir a otro lado".

"¡Hágalo, pues! Si a mí nadie me quiere".

Ella le dice que sí lo quiere, que todo lo que desea es que trabaje y que sea honrado para poder andar con la cabeza en alto.

Pero el resto de la familia de la abuela María dice que Enrique debe irse a otro lado: la abuela tiene setenta años y él trae demasiados problemas como para que lo pueda criar

una mujer de su edad. María sabe que su familia tiene razón. Llena de tristeza, le escribe a Lourdes: tendrá que encontrarle a Enrique otro lugar donde vivir.

Para Enrique, esto es un rechazo más. Primero su madre, luego su padre y ahora su abuela María.

Lourdes arregla para que Enrique sea acogido en casa de su hermano mayor, Marco Antonio Zablah. Hace años, Marco acogió a Lourdes cuando la madre de ambos no podía alimentarla a ella y a sus otros hermanos.

Enrique todavía echa muchísimo de menos a Lourdes, pero el tío Marco y su mujer lo tratan bien. Marco se gana bien la vida como cambista en la frontera de Honduras. Le pagan por cambiar divisas. La familia de Marco, que tiene un hijo propio, vive en una casa confortable de cinco dormitorios en un barrio de clase media de Tegucigalpa. El tío Marco le da a Enrique algo de dinero cada día, le compra ropa y lo inscribe en una academia militar privada en el turno de la noche.

El tío Marco se ocupa de Enrique igual que de su propio hijo. Juegan al billar y miran películas juntos. Igual que su madre, Enrique ve por televisión los imponentes edificios de Nueva York, las luces fulgurantes de Las Vegas, el castillo mágico de Disneylandia.

El tío Marco confía en Enrique hasta para hacer mandados en el banco. Le dice a Enrique: "Quiero que trabajes conmigo para siempre". Enrique siente que el tío Marco lo quiere y valora sus consejos.

Pero andar con dinero en efectivo es peligroso en un lugar

donde el dinero escasea. Un día, matan a un guardia de seguridad que trabaja para el tío Marco después de una compraventa de lempiras hondureñas. A raíz de la muerte del guardia, Marco jura no volver a cambiar dinero. No obstante, meses más tarde atiende una llamada. A cambio de una buena comisión ¿está dispuesto a cambiar una suma equivalente a 50.000 dólares en lempiras en la frontera con El Salvador? El tío Marco promete que lo hará por última vez.

Enrique quiere ir con él, pero el tío Marco le dice que aún es muy joven. En vez de llevar a Enrique, Marco va con Víctor, uno de sus hermanos. Los asaltantes acribillan el vehículo en el que viajan los tíos, que se sale de la carretera. Marco recibe tres balazos en el pecho y uno en la pierna. A Víctor le dan un balazo en la cara.

En nueve años, Lourdes ha ahorrado 700 dólares para traer a sus hijos a los Estados Unidos. En lugar de eso, los usa para ayudar a pagar los funerales de sus hermanos. Marco la visitó una vez, poco después de su llegada a California. A Víctor no lo ha visto desde que se marchó de Honduras.

Lourdes toca fondo. Furiosa, jura no volver a Honduras. ¿Cómo vivir en un lugar sin ley? Matan a la gente como si fueran perros. Ahora, la única forma de que regrese es por la fuerza, si la deportan.

Poco después de la muerte de sus hermanos, los agentes de inmigración allanan el restaurante donde trabaja Lourdes. Todos los empleados caen en la redada. Sólo se salva Lourdes. Era su día libre.

OTRA VEZ A LA DERIVA

En Honduras, a pocos días de la muerte de los dos hermanos, la mujer del tío Marco vende el televisor, el estéreo y el Nintendo de Enrique. Todo se lo había regalado Marco. Sin explicar por qué, le dice "Ya no te quiero aquí". Saca su cama a la calle.

Con quince años cumplidos, Enrique recoge su ropa y se va a la casa de su abuela materna, Águeda Amalia Valladares. "¿Puedo quedarme aquí?", pregunta.

Este fue su primer hogar, la casita de estuco donde vivió con Lourdes hasta que ella bajó el escalón del portal y se marchó. Su segundo hogar fue la choza de madera donde vivió con su padre y su abuela paterna, hasta que el padre encontró una nueva mujer y se fue. Su tercer hogar fue la casa confortable del tío Marco.

Ahora ha regresado al lugar de donde había salido. En la casa viven otras siete personas: su abuela Águeda, dos tías y cuatro primitos. Son pobres. Sin embargo, la abuela Águeda recibe a Enrique en su casa.

Toda la familia está devastada por las muertes del tío Marco y el tío Víctor. Enrique se vuelve callado y retraído. No regresa a la escuela. Comparte una recámara con su tía Mirian. Una noche, ella se despierta a las dos de la madrugada. Enrique está sollozando en silencio, acunando un retrato del tío Marco en sus brazos. Su tío lo quería. Sin ese amor, está perdido.

LA MUCHACHA DE AL LADO

En el funeral de Marco y Víctor, Enrique repara en una muchacha tímida de largo cabello castaño ondulado. Ella vive en la casa de al lado con su tía. Tiene una sonrisa dulce, un modo cálido. Al principio, Enrique le cae mal a María Isabel. Ella tiene diecisiete años, dos más que Enrique. Le parece que Enrique es un engreído. Él insiste. Silba bajito cuando la ve pasar, buscando entablar una conversación. Ella no le hace caso. Cuanto más ella lo rechaza, más la desea él. Le encanta su risita aniñada, cómo rompe a llorar por cualquier cosa. Detesta que coquetee con otros muchachos. Enrique ahorra dinero y le compra rosas, lociones, un osito de peluche, chocolates. La acompaña a su casa después de las clases nocturnas en la escuela que está a dos cuadras. Poco a poco, María Isabel empieza a mirarlo con otros ojos.

La tercera vez que Enrique le pregunta si quiere ser su novia, por fin ella dice que sí.

Enrique y María Isabel se comprenden mutuamente, se conectan. Ella también ha ido pasando de casa en casa durante toda su infancia, y está separada de sus padres.

María Isabel se crió con su madre, Eva, en una choza prestada en una ladera de Tegucigalpa. Al igual que la madre de Enrique, Eva había dejado a un marido infiel. Le costaba alimentar a sus hijos.

En la choza dormían nueve personas. Para que entraran todos, tenían que dormir con los pies de uno junto a la cabeza del otro.

Los vecinos querían mucho a María Isabel, que era dulce, cariñosa y sonriente. Ella se ofrecía a ayudarlos con los quehaceres y a limpiar. Con sólo diez años de edad, ya trabajaba duro y era luchadora.

María Isabel afirma: "Mirá, yo por pereza no me muero de hambre".

María Isabel terminó el sexto grado. Su madre colgó con orgullo el diploma en la pared de la choza. Sabía que su hija era buena alumna, pero no tenía dinero para mandarla a la escuela secundaria. Eva nunca fue a la escuela; a los doce años empezó a vender pan con una cesta en la cabeza.

A los dieciséis años de edad, María Isabel se mudó al otro lado de la ciudad a vivir con su tía Gloria, justo al lado de la abuela materna de Enrique. La casa de Gloria es modesta, pero para María Isabel la casa de dos dormitorios es maravillosa. Además, Gloria es menos estricta y de vez en cuando la deja salir de noche para que vaya a un baile, a una fiesta o a la feria anual del municipio. Eva no quería ni oír hablar de esas cosas porque temía las habladurías de los vecinos sobre la moral de su hija.

Una prima le promete a María Isabel llevarla a una charla sobre anticonceptivos. Ahora que está de novia con Enrique, María Isabel quiere prevenir un embarazo. Enrique está desesperado por dejarla embarazada. Piensa que si tienen un hijo juntos, María Isabel nunca lo dejará.

EL INFIERNITO

Muy pronto, la abuela Águeda pierde la paciencia con Enrique. Se enoja cuando Enrique vuelve tarde y despierta a toda la casa.

Enrique ha empezado a frecuentar un barrio conocido como El Infiernito, donde algunas viviendas son tiendas hechas con harapos cosidos. El barrio está controlado por la Mara Salvatrucha, o MS, que controla las calles en muchos lugares de Centroamérica y México. Aquí en El Infiernito, los hombres cargan *chimbas,* pistolas hechas con caños de plomería, y beben *charamila,* elaborada con alcohol metílico diluido. Se dedican a asaltar a pasajeros de autobús o a los que salen de la iglesia después de misa.

Enrique y su amigo José del Carmen Bustamante, de dieciséis años, se aventuran a entrar en El Infiernito. Compran marihuana y se apresuran a irse porque El Infiernito es peligroso. Se sientan afuera de un salón de billar y oyen la música que se filtra por la puerta abierta. Últimamente se les ha dado por inhalar pegamento hasta altas horas de la noche, "colocándose" con los vapores.

Hablan de viajar hacia *el norte* en los techos de los trenes. En el estupor de la marihuana, a Enrique lo de los trenes le suena a aventura. No le preocupan ni las balas de los agentes de la migra ni los bandidos que esperan para atacarlo. Él y José deciden probar suerte muy pronto.

Enrique trata de ocultar su vicio para que no se enteren su abuela y María Isabel.

Un día, María Isabel tropieza con él al doblar una esquina. El vaho la golpea. Enrique huele como una lata de pintura abierta.

"¿Qué es eso?", pregunta, asqueada por el vaho que despide. "¿Estás drogado?"

"¡No!".

Una vez, Mirian se despierta en medio de la noche. Oye un crujir de plástico y siente un fuerte olor químico. En la penumbra, alcanza a ver a Enrique en su cama, jadeando con la boca cubierta por una bolsa. Está aspirando pegamento.

Es la gota que colma el vaso. La familia echa a Enrique de la casa y lo manda a vivir a un cobertizo que hay atrás. Antes, la abuela Águeda cocinaba allí sobre un fogón. Las paredes y el techo están negras de tizne. La única ventana no tiene cristales, sólo barrotes como una celda, y no hay electricidad.

Ahora que vive solo, Enrique puede hacer lo que le dé la gana. Si pasa la noche fuera, a nadie le importa. Para él, que lo hayan echado es un rechazo más.

María Isabel lo ve cambiar. Por la droga, su boca se pone húmeda y pegajosa. Anda inquieto y nervioso. Tiene los ojos enrojecidos; a veces se le ponen vidriosos y entrecerrados. En otras ocasiones parece borracho. Cuando está bajo el efecto de la droga, está callado, somnoliento y distante. Cuando se le pasa abruptamente el efecto, se agita y se pone de mal humor. A veces alucina que alguien lo persigue. Durante un período particularmente malo de dos semanas, no reconoce a miembros de su familia. Le tiemblan las manos. Al toser escupe flema negra.

La abuela Águeda le señala a un vecino de piel pálida y escamosa que lleva diez años inhalando pegamento. El hombre ya no puede mantenerse parado. "¡Mirá! Así vas a acabar vos!".

Drogo, lo llama una de sus tías.

UN INTENTO PARA PROBAR SUERTE

Cuando Enrique cumple dieciséis años, él y José intentan trepar a los trenes por primera vez.

Para llegar a los Estados Unidos, Enrique deberá viajar hacia el norte, cruzando Honduras, Guatemala y luego México. Eludiendo guardias, Enrique y José llegan hasta Tapachula, la estación de tren más al sur que hay en México. La policía los detiene justo antes de que puedan llegar a las vías. Enrique ruega que no los deporten a él y a José a Guatemala. Si eso ocurre, tendrían que volver a escabullirse por la frontera mexicana. Los agentes los despojan de lo que llevan, pero por fortuna no los arrestan.

Enrique y José ven otro tren. Alcanzan a encaramarse a bordo cuando va saliendo de la estación de Tapachula. José está aterrorizado. Enrique se siente audaz; salta de vagón en vagón del tren que avanza lento. Resbala y se cae—lejos de las vías, por suerte—y aterriza sobre su mochila mullida en la que lleva una camisa y un pantalón de muda.

Se trepa a bordo nuevamente. Pero el viaje se interrumpe de manera humillante. Cerca de Tierra Blanca, un pueblo en el estado de Veracruz en el centro-sur de México, las autoridades los pillan en el techo del tren. Esta vez los agentes no están

para sobornos. Los meten en una celda llena de pandilleros de la Mara Salvatrucha y los deportan. Enrique está cojo y maltrecho por la caída del tren, y echa de menos a María Isabel.

Enrique y José regresan a Centroamérica en lo que los migrantes llaman el Bus de Lágrimas. El autobús lleva a los migrantes al otro lado del río Suchiate hasta el tosco pueblo de El Carmen. El río marca la frontera entre Guatemala y México igual que el río Grande marca la frontera entre México y los Estados Unidos. Los autobuses hacen hasta ocho viajes por día, deportando hasta cien mil infelices pasajeros por año.

LA DECISIÓN

Es enero del año 2000. Enrique se ha hundido aun más en la drogadicción. Le promete a María Isabel que dejará las drogas. Está harto de sentirse fuera de control. Tiene deudas con traficantes de drogas y vive con miedo constante porque lo han amenazado de muerte. Lo atrapan robando las joyas de la tía Rosa Amalia. Las iba a vender para pagarle la deuda al traficante.

La tía Rosa Amalia se enfurece. Su esposo, Carlos, comprende que su sobrino está en problemas. No quiere que Enrique vaya a la cárcel, sólo que se encamine. Le consigue un trabajo en un taller de llantas. Habla con los parientes para que demuestren su amor por Enrique. Deben tenerle paciencia.

Para Enrique, dejar las drogas es más difícil de lo que imaginaba. Vuelve a las andanzas. Intenta drogarse menos, pero

luego recae. Cada noche regresa a casa más tarde. María Isabel le ruega que no vaya a la colina donde inhala pegamento, pero él va igual. Siente asco de sí mismo. Anda zaparrastroso, su vida se le está yendo de las manos.

Hasta la hermana y la abuela de Enrique le han aconsejado a María Isabel que lo deje, que busque a alguien mejor. "¿Qué le ves? ¿No te das cuenta de que se droga?", le preguntan.

María Isabel trata de darle apoyo. Cuando pasan por los lugares que él frecuenta para drogarse, le estrecha la mano con la esperanza de que eso lo ayude. "¿Por qué no dejás los vicios?", pregunta María Isabel. "Es difícil", contesta él en voz baja.

Cuando está con Enrique, María Isabel se olvida de sí misma. A pesar de sus defectos, no puede dejarlo. Es machista y testarudo. Cuando pelean, él le retira la palabra. Es ella quien debe romper el hielo. Casi siempre, ella cede. Enrique es su tercer novio pero su primer amor. También es un refugio para sus propios problemas. El hijo de su tía Gloria es alcohólico. Avienta cosas. Roba. Con Enrique, ella se escapa de las peleas que hay en su propia casa.

A Enrique lo carcome la vergüenza. Se siente culpable por lo que le ha hecho a su familia y lo que le está haciendo a María Isabel. En un momento de claridad mental, le dice a su hermana Belky que sabe lo que tiene que hacer. Va a ir en busca de su madre. Ella es su salvación.

María Isabel le ruega que se quede. Puede ser que esté embarazada. Le dice a Enrique que se irá a vivir con él al cobertizo de piedra. No lo va a abandonar. Pero Enrique teme

que acabará en la calle o muerto si se queda en Honduras. Su propia familia está harta de él. Dicen que Enrique ensucia el nombre de la familia, que es lo único que tienen.

La tía Ana Lucía, hermana de Lourdes, le habla con palabras hirientes.

"¿De dónde venís, vago?", pregunta Ana Lucía cuando Enrique entra por la puerta. "Venís a casa a comer, ¿eh?".

"¡Cállese que a usted no le he pedido nada!".

"¡Sos un vago viejo! ¡Un drogadicto! Nadie te quiere por aquí". Todos los vecinos la oyen gritar. "Esta no es tu casa. ¡Andá con tu madre!".

En voz baja, Enrique le ruega a su tía que se calle. Por fin estalla y le da a Ana Lucía dos fuertes puntapiés en el trasero. Ella se pone a chillar.

La abuela Águeda sale corriendo de la casa, empuña un palo y amenaza con golpear a Enrique si vuelve a tocar a Ana Lucía.

"¡Nadie piensa en mí!", grita Enrique, alejándose.

Ahora, hasta su abuela quiere que se vaya a los Estados Unidos. Enrique está dañando a la familia y se está haciendo daño a sí mismo. "Allí va a estar mejor", dice.

LA DESPEDIDA

Enrique decide que emprenderá solo el viaje a los Estados Unidos. No hay forma de que pueda reunir los 5.000 dólares que cobra un contrabandista. Vende lo poco que tiene, su cama y la chaqueta de cuero que le regaló el tío Marco, para juntar dinero para comida durante el viaje.

Se va al otro lado de la ciudad para despedirse de su abuela María. Subiendo cansadamente la colina, se topa con Luis, su padre.

"Me voy", le dice. "Me marcho a los Estados Unidos". Le pide algo de dinero.

Luis le da lo suficiente como para un refresco y le desea suerte. Enrique no esperaba mucho más de su padre.

"Abuela, me marcho. Voy a buscar a mamá", dice Enrique cuando llega a la choza de su abuela.

La anciana le ruega que no se vaya, pero él se ha decidido. Le da 100 lempiras, unos siete dólares, que es todo lo que tiene, y lo besa en la frente.

"Ya me voy, hermanita", le dice a Belky al día siguiente.

Ella siente un nudo en el estómago. Han vivido separados casi toda la vida, pero él es el único que entiende su soledad. En silencio, le prepara una comida especial: tortillas, chuleta de cerdo, arroz, frijoles refritos con un poco de queso. "No te vayas", le dice con los ojos inundados de lágrimas.

"Tengo que hacerlo".

Cada vez que Enrique ha hablado con su madre, ella le ha advertido que no venga, que es muy peligroso. Pero si consigue llegar a la frontera de los Estados Unidos, la llamará. "La llamaré desde allá", le dice a su amigo José. "¿Cómo no me va a recibir?".

Enrique se hace una promesa: si al cabo de un año de intentar llegar hasta su madre en los Estados Unidos no lo ha conseguido, se dará por vencido y regresará a casa.

Enrique, el muchachito menudo con sonrisa de niño,

amante de las cometas, los espaguetis, el fútbol y el *break dancing,* que gusta de jugar en el lodo y mirar dibujos animados del ratón Mickey con su primo de cuatro años, empaca en silencio sus pertenencias: pantalones de pana, una playera, una gorra, un par de guantes, cepillo y pasta de dientes.

Contempla un largo rato el retrato de su madre, pero no se lo lleva. Podría perderlo. Apunta su número telefónico en un trozo de papel. Por las dudas, también lo garabatea con tinta en el interior de la cintura de su pantalón. Tiene 57 dólares en el bolsillo.

El 2 de marzo del año 2000, va a la casa de la abuela Águeda. Se detiene en el mismo portal del que desapareció su madre once años atrás. Abraza a María Isabel y a la tía Rosa Amalia. Luego desciende el escalón y se va.